

Las mil y más noches

Inmaculada SETUÁIN MENDIA*

“Tenía los ojos cansados de tanto mirar caras. Las calles de El Cairo se desbordaban por la corriente de peatones y de coches, como las olas del mar en los días de tormenta”.

Naguib Mahfuz. *El sendero*

Las historias que vais a leer a continuación son las experiencias vividas por un grupo de bibliotecarias navarras y sus acompañantes en su viaje a Egipto. Tal circunstancia vino dada por la celebración del 10º aniversario de ASNABI, y como 10 es el número que no alcanza la CDU, nos pareció un signo inequívoco de que algo grande había de ser organizado.

Estos cuentos han sido transmitidos de manera oral en el último año, quizá alguno de vosotros estéis familiarizados con algunos pasajes. Tras su publicación escrita, esperamos embriagaros a vosotros, lectores, con la fragancia de Oriente y animar a quienes no lo hayan hecho a celebrar el asociacionismo profesional de manera similar.

Esperamos que disfrutéis de la lectura y que estas aventuras extraordinarias se sigan transmitiendo por siempre jamás.

115

Historia del inicio del viaje

Habéis de saber, lectores, que aunque el viaje se preparó con tiempo, no todos los componentes llegamos al aeropuerto de Barcelona a la vez.

Algunos lo hicieron en avión, en un vuelo donde coincidieron con Miguel Induráin; otros utilizaron el tren; los hubo que viajaron en autobús... y todos coincidimos en el mostrador de Egyptair, desde donde partimos rumbo a El Cairo.

Tras un placentero vuelo, aterrizamos a medianoche. Allí nos recibieron una cálida brisa y un no menos cálido asistente, Ahmed, que nos ayudó con los trámites de entrada y traslado al hotel.

Nuestro hotel estaba situado en la zona de Giza, muy cerca de las pirámides. La noche y el cansancio impidieron que nos deleitáramos con los encantos que permanecían escondidos, y que son parte del siguiente relato.

* Biblioteca Cívica

Vestigios faraónicos



Lo que descubrimos por la mañana dejaría boquiabierto a cualquier viajero experimentado. El hotel Mena House Garden es un antiguo palacio edificado en 1869 con motivo de la inauguración del Canal de Suez. Está emplazado a los pies de las pirámides. Además de las habitaciones del Palacio, hay otras más alrededor de un jardín y una piscina. Desayunar en tal emplazamiento, alejado del bullicio y contaminación que envuelve el centro de la ciudad, fue como encontrar un oasis en medio del desierto.

Después del desayuno, conocimos al guía que nos iba a acompañar durante todo el viaje y emprendimos la primera excursión.

116

Lo más espectacular que encontramos en la necrópolis de Sakkara fue la Pirámide de Zoser, también llamada pirámide escalonada. Está formada por seis cuerpos y lo que la diferencia de otras pirámides es que tiene base rectangular y no cuadrada y que no termina en punta, sino en una especie de terraza. Ese primer día conocimos el calor desértico, y eso que estaba finalizando noviembre...

De ahí fuimos a Menfis, capital del Imperio Antiguo. Entre los restos arqueológicos que conserva impresiona el Coloso de Ramsés II, una estatua de piedra del faraón de 10 metros de altura.

Tras este primer recorrido, buscamos una recompensa en forma de comilona, tras la cual abordamos la última visita del día: la necrópolis de El Giza. Allí están los monumentos más alabados de El Cairo: las pirámides de Keops, Kefrén y Mikerinos y La Esfinge.

Existe un proverbio egipcio que dice "Todo el mundo teme al tiempo, pero el tiempo teme a las pirámides", y así lo parece. Las tres protagonistas se yerguen majestuosas, contemplando la vida que pasa a su alrededor, aparentemente sin inmutarse. Sus dimensiones son espectaculares. Estar a sus pies y mirar hacia arriba produce sensación de vértigo. Uno no puede dejar de pensar en cómo tuvo que ser su construcción, acarrear esos inmensos bloques de piedra desde las canteras... en fin, todo un prodigio a la vez que una barbaridad.

Se pueden visitar las pirámides de Keops y Kefren. Internarse en sus tripas no es apto para cualquiera, es mejor que se abstengan los que sufren claustrofobia. Hasta llegar a la cámara mortuoria hay que recorrer unas galerías estrechísimas y muy bajas, con lo que hay que ir agachado gran parte del recorrido. Además, como la ventilación no es muy buena o no existe, el aire no se renueva y resulta pesado respirarlo, pero merece la pena.

Por último nos dirigimos a La Esfinge. Esta estatua con cuerpo de león y cabeza humana está tallada en la roca. Mide unos 60 metros de largo y 20 de alto. Desde hace algunos años está siendo sometida a complejos procesos de restauración puesto que la inevitable erosión eólica y las evitables y nefastas actuaciones humanas han hecho mella en ella, sobre todo en el rostro.

Terminamos el día en una fábrica de papiros (¡auténticos!) donde nos enseñaron a grandes rasgos cómo, tomando como base la planta de papiro, los fabrican... y a ¡¡¡¡¡compraaaaar!!!!!!

Después de un día tan faraónico, nos recogimos en el hotel deseando conocer un El Cairo más dinámico, como vais a ver a continuación.

Leyendas de El Cairo

La tranquilidad y comodidad del hotel hicieron que nos despertáramos renovadas y con ganas de adentrarnos en las calles de El Cairo. Nuestras ansias se vieron reforzadas después de un copioso desayuno. Cabe decir que, entre otros muchos, uno de los placeres de este viaje ha sido su gastronomía. Por la cantidad, variedad, calidad y presentación, cada plato presentado se convirtió en un monumento más. Un auténtico placer.

Comenzamos el día visitando el viejo Cairo, el barrio copto. Es la zona más antigua de la ciudad, allí se asentaron los primeros pobladores de la futura El Cairo. Formado por estrechas callejuelas, donde es fácil perderse, de la mano del guía conocimos la Sinagoga de Ben Ezrah, la Iglesia de Santa Barbara y la Iglesia Ortodoxa griega.

Seguimos el recorrido hasta la Ciudadela, construida en el s. XII por orden de Saladino como residencia real y fortaleza. En los 3.000 m² que ocupa, destaca la Mezquita de Mohammad Ali, también conocida como mezquita de alabastro por estar cubierta por este material. Para entrar hay que descalzarse, así se accede a un patio con una fuente para las abluciones y de ahí se pasa a la mezquita propiamente dicha. Desde el jardín posterior se tiene una gran vista de la ciudad envuelta en una perenne nube de contaminación.

Antes de ir a comer paramos en el Museo Egipcio, un lugar que aloja unas 100.000 piezas y obras de arte de incalculable valor. Es imposible verlo en su totalidad en una mañana, pero destaca sobre todas las cosas el Tesoro de Tutankhamon, que recoge los objetos encontrados en su tumba, entre los que están la máscara de oro que cubría la cabeza de la momia, el sarcófago de oro que lo contenía, joyas, muebles, etc.

Después de comer nos adentramos en el bazar de Khan el-Khalili. Es un enorme zoco formado por angostas callejuelas que parecen no tener fin. Allí encuentras miles de tiendas con todo tipo de género: joyas, marroquinería, textil, perfumes, especias... Es un lugar muy animado y divertido, si uno va sin prisa. El tiempo pasa volando y cuesta mucho avanzar ya que los comerciantes salen a tu encuentro a cada paso. Se aceptan euros (de hecho se prefieren a las libras) y los precios son bajos. A pesar de lo concurrido, es un sitio seguro, como el resto de El Cairo, y esa sensación de seguridad viene dada, en gran medida, por la amabilidad de la gente.

Tras unas horas de compra, fuimos andando por la parte moderna (nada que destacar), parando en alguna librería, hasta un café situado cerca del museo. Resultaba curiosa la mezcla de hombres egipcios por un lado y un grupo donde la mayoría eran mujeres españolas por otro, si bien en ningún momento nos sentimos incómodas gracias al respeto con que siempre nos han tratado en este viaje. Fue allí donde fumamos narghile (o shisha), la tradicional pipa de agua.

Con ese buen sabor de boca volvimos al hotel, degustando lo que hasta entonces habíamos visto y lo que nos quedaba por descubrir.

Hacia el sur

Dejamos El Cairo por unos días y fuimos a Luxor en avión.

Allí comenzamos la excursión visitando el Valle de los Reyes, un árido y bien oculto emplazamiento para las tumbas de, entre otros, Tutmosis I, III y IV, Amenofis II y III, Ramsés I, II, III y la famosa Tumba de Tutankamon, descubierta en 1922 por Carter. Un año después empezaron a morir trabajadores que habían participado en las excavaciones, lo que originó la leyenda de la maldición de esta tumba.

Todas tienen una distribución similar: por unas escaleras se desciende a la cámara sepulcral; las paredes y techos están decorados con pinturas de gran belleza.

118

De ahí pasamos al Templo de Hatshepsut, construido en la ladera de una montaña y que custodiaba los sarcófagos de la reina Hatshepsut.

De camino al barco paramos ante los Colosos de Memnon, dos gigantescas figuras que representan al rey Amenofis III y que son los únicos restos que quedan de su Templo.

Fuimos a comer al barco. Nuestro hotel flotante era el Serenade y estaba muy bien.

Seguimos con los templos, esta vez el de Karnak, una impresionante construcción que abarca 1,5 km de longitud, convirtiéndole en el más grande de Egipto. Lo que sin duda destaca de este lugar es su impactante sala hipóstila, formada por 134 gigantescas columnas. Allí, uno se sentía como un elfo en un bosque de enormes árboles de piedra.

Otra de sus curiosidades fue un escarabajo gigante de granito que, según la tradición, concede los deseos que pida aquel que lo rodee siete veces.

Por último visitamos el Templo de Luxor, cuya tarjeta de visita la forman dos colosos que representan a Ramsés II y la reina Nefertari y un obelisco igual al que corona la plaza parisina de la Concorde.

Antiguamente este templo y el de Karnak estaban unidos por una avenida decorada con esfinges, de las que quedan una muestra.

Ya es de noche (las visitas nocturnas a los templos son mágicas) y nos disponemos a pasar la primera noche a bordo.

El Nilo

En nuestra primera mañana de crucero, descubrimos el barco: una bonita entrada que está presidida por una doble escalera que lleva a los pisos superiores (los dormitorios, los salones y la cubierta con la piscina y las hamacas) y al inferior, donde está el restaurante.

Este último lugar nos dio gratos momentos. Antes de iniciar el viaje nos habían advertido sobre los problemas derivados de algunas comidas (verduras, frutas...). De lo que no nos hablaron fue de lo contrario, de lo bien que íbamos a comer en todos los sitios, pero sobre todo a bordo. Los desayunos, las comidas, las cenas, la merienda en la cubierta... todo era un deleite para los ojos y para el gusto.

La estancia en el Serenade fue una delicia. El trato fue exquisito, las comidas inolvidables, la limpieza extrema, las vistas hipnóticas, la tranquilidad... Esta última se vio sorprendida a media tarde por un peculiar sistema de ventas que descubrimos y que nos dejó perplejas. De repente, los vendedores rodearon los barcos con sus pequeñas embarcaciones y lanzaron a la cubierta su mercancía envuelta en bolsas de plástico. Con toda la tranquilidad del mundo, cada uno pudo elegir lo que quería, regateando desde la barandilla de la cubierta a gritos, como no podía ser de otra manera, y devolviendo lo que se desechaba, junto con el dinero, en las mismas bolsas de plástico. ¿Quién necesita centros comerciales cuando lo elemental funciona? Mucha gente hizo grandes compras... Fue algo sorprendente y muy divertido.

Por la noche, después de cenar, rumbo a Edfu, tuvimos la suerte de ver cómo pasamos las esclusas (muy curioso).

119

La ribera del Nilo

Después de un relajado día de tranquila navegación, iniciamos otro en el que además íbamos a ver algunos templos.

El primero fue el de Edfu, al que fuimos en calesa, un medio de transporte que aporta algún sobresalto que otro. Se construyó en honor al Dios Horus, y es una estatua de éste de casi dos metros de altura construida en granito negro la que presida la entrada. Está formado por un patio, dos salas hipóstilas, dos vestíbulos y un santuario. Aún conserva una de las barcas sagradas que había antiguamente.

A las afueras del templo, y como en otros, hay una galería comercial. Son muchos los momentos que en este viaje se nos han presentado para comprar, porque, como ellos dicen, María, todo más barato que en Carrefour...

Regresamos al barco para relajarnos al sol o a la sombra, comer, volver a relajarnos en la cubierta (¡uf!) y cuando estaba anocheciendo fuimos al templo de Kom Ombo. Tiene una planta parecida a la de Edfu, con un patio, salas hipóstilas, vestíbulos y un santuario. Tiene además un pozo. En la antigüedad se utilizaba para marcar la cuantía de los impuestos: cuanto más alto estaba el nivel del agua, más copiosa sería la cosecha y, consecuentemente, más

impuestos se pagaban. También era usado como nilómetro. Junto a la salida hay una capilla dedicada a Hathor. Hasta hace poco se utilizaba como almacén de cocodrilos momificados, y en la actualidad se conservan unos pocos como exposición.

Cuento con avión y camello

Llegó el día en el que íbamos a conocer el impresionante templo de Abu-Simbel, pero antes hicimos otras visitas.

La primera fue a una de las canteras de granito de donde se extraían los inmensos bloques de piedra para la construcción de estatuas y obeliscos. De hecho, uno de los atractivos de este lugar es un obelisco inacabado, tallado en la tierra y sin extraer. Se dice que de haber sido terminado hubiese sido el más grande de todos, con unos 42 m de alto y 1.300 toneladas de peso.

La segunda fue a la alta presa, la nueva presa que ha sustituido a la antigua. Esta monumental obra de ingeniería se realizó entre los años 1960 y 1971 con el fin de producir mayor cantidad de electricidad para abastecer las necesidades del país. Su construcción no fue fácil: con ella se formó el lago Nasser, el segundo lago artificial más grande del mundo. Con sus proporciones (565 km), este lago iba a inundar los monumentos que había al sur de la zona, por lo que hubo que trasladarlos previamente.

120

Entre ellos se encontraban los templos de Abu-Simbel. Estas edificaciones fueron desmontadas y, pieza a pieza, llevadas a lo alto de la propia pared rocosa en las que habían sido excavadas.

El Gran Templo de Ramsés II tiene 33 m de alto y 38 m de largo. La fachada está formada por cuatro figuras de 20 m que representan al mencionado faraón. A sus pies están sus súbditos junto a Tuy, madre de Ramsés II y su esposa Nefertari. Está compuesto por dos salas hipóstilas, un vestíbulo y el santuario. En este último espacio se da una curiosidad: las estatuas de los dioses Ptah, Amón, Ramsés II y Ra-Harajte son iluminadas por los rayos del sol dos veces al año, todas excepto la de Ptah, que pertenece al mundo subterráneo.

A 150 m del gran templo está el Templo de la Reina Nefertari. Su fachada mide 12 m de alto y 28 m de ancho. Está formado por seis estatuas de 10 m de altura (cuatro representan a Ramsés II y dos a su esposa favorita Nefertari) y otras de menor tamaño que representan a sus hijos.

Si el exterior de los templos es impactante, el interior va a la par. Todas las paredes están esculpidas con relieves que en su día serían policromados, y que todavía hoy pueden apreciarse en algunas zonas. Los templos se han conservado perfectamente ya que durante siglos estuvieron sepultados bajo la arena del desierto.

Una vez concluida la visita a Abu-Simbel, regresamos a Aswan en avión. De allí, y en medios de transportes más tradicionales, faluca y camello, nos dirigimos a conocer un pueblo nubio. En la actualidad Nubia ocupa una parte del sur de Egipto y del norte de Sudán. El pueblo



nubio tiene unos rasgos fisonómicos que lo distinguen del resto de los egipcios: pese a tener un tono de piel más oscuro que éstos, sus labios son más finos y sus ojos azulados. Esperábamos encontrar un poblado tradicional, y nos topamos con una pequeña zona comercial perfectamente organizada. ¡Sorpresas te da la vida!

Tras un día tan intenso, regresamos al barco a disfrutar de nuestra última noche a bordo con una fiesta de despedida que emanaba un intenso aroma

egipcio. La comida, las vestimentas, la música, los bailes fueron los típicos del país. Nosotras hicimos lo que pudimos, sobre todo pasarlo bien. Ellos, la tripulación, nos mostraron lo sensuales que son cuando arrancan a bailar. El espectáculo que nos ofrecieron estaba formado por juegos, pruebas y bailes, y destacó la espectacular danza de un chico que no dejó de girar sobre sí mismo durante un buen rato y que hizo maravillas con dos especie de faldas que llevaba. Se llevó la gran ovación de la noche.

Y de esta jovial manera concluimos el crucero.

Viaje al norte

Abandonamos el viaje por el Nilo con tristeza. El crucero nos había dejado a todos un buen sabor de boca, aunque por otro lado teníamos la atractiva perspectiva de conocer Alejandría. Para ello tomamos un avión en Aswan que nos devolvió a El Cairo. Una vez allí, cambiamos de medio de transporte, un autobús nos guió al nuevo destino. Durante el trayecto pudimos apreciar que cuanto más avanzábamos, más aspecto mediterráneo cobraba el paisaje.

Alejandría es la segunda ciudad de Egipto y está a 226 km al norte de El Cairo. Fue fundada por Alejandro Magno en el año 332 a.C. para favorecer la comunicación entre el pueblo griego y el egipcio. Pronto se convirtió en una de las ciudades más importantes del Mediterráneo, tanto en el plano económico como en el cultural, religioso y político. Fue además una de las ciudades más bellas e impresionantes de la antigüedad, aunque de sus imponentes edificios, se han conservado muy pocos. No sobrevivieron al paso del tiempo el Faro, considerado como una de las siete maravillas del mundo antiguo y la Biblioteca. En el año 48 a.C. César invadió la ciudad y comenzó un largo asedio durante el cual desapareció, entre otros edificios, la Biblioteca. A partir de entonces comienza un periodo de estancamiento roto por la llegada al poder de Mohamed Alí, quien durante la primera mitad del s. XIX impulsó el desarrollo de la ciudad. Su renacimiento se vio favorecido porque la burguesía caiota la convirtió en destino vacacional, etiqueta que sigue ostentando hoy en día.

La primera impresión que nos llevamos de Alejandría, y sin poder evitar compararla con la capital, fue la de una ciudad tranquila, grande pero manejable, luminosa y silenciosa. Es un lugar con mucha vida, pero a la vez infunde una sensación de suavidad y calma que no transmite El Cairo.

En este marco tan diferente nos dispusimos a esperar a que un nuevo día nos mostrara sus encantos ocultos por la noche.

Alejandría

El día de San Francisco Javier, patrón de Navarra, del año 2005, el grupo de bibliotecarias forales y sus acompañantes lo celebraron en Alejandría. Amaneció un poco frío y envuelto en nubes, sin embargo la luz que desprendía la ciudad pronosticaba todo lo contrario, como así sucedió cuando el sol apareció en lo alto en toda su plenitud.

El recorrido lo hicimos en autobús, bajo sorprendentes medidas de seguridad.

Comenzamos la visita en la catacumbas de Kom el Shofaga. Fueron construidas entre los siglos I y II d.C. y son una muestra de la interesante combinación de los estilos egipcio y romano.

La columna de Pompeyo contempla la ciudad desde lo alto de un montículo y sus casi 30 m de altura. A pesar de su nombre, fue construida en honor al emperador Diocleciano. Con toda seguridad se le llama de Pompeyo porque se creía que las cenizas de este general romano reposaban en este lugar. Muy cerca se puede visitar una galería subterránea que al parecer albergaba la biblioteca de algún templo, ya que aparecieron papiros en alguno de sus nichos. Dos esfinges de granito rosa custodian la columna.

El anfiteatro de Kom Dikka fue descubierto en 1963 y es uno de los monumentos mejor conservados. Fue construido en el s. III d.C. Este pequeño auditorio está formado por doce gradas de mármol en forma de herradura. A su lado se han encontrado los restos de unas termas romanas decoradas con mosaicos.

El fuerte del sultán Qaitbey se edificó en el s. XV en el lugar antes ocupado por el famoso Faro, destruido por un terremoto en el año 1340. Es una fortaleza de tres plantas donde se ha instalado el Museo Naval. Por su estructura maciza y su privilegiada posición seguramente fue un eficaz sistema de defensa de la época.

Nuestra última visita fue a la nueva Biblioteca de Alejandría. La idea de devolver a la ciudad una gran biblioteca surgió en 1972 con el fin de revivir la leyenda del centro original nacido en el año 288 a.C.



En 1989 el gobierno egipcio, con la ayuda de la UNESCO organizó un concurso para elegir el mejor diseño para la construcción de la biblioteca. Snoheta, empresa compuesta por arquitectos noruegos, ganó el primer premio. La construcción empezó en 1995 y finalizó en 2001. Se inauguró un año después.

Se encuentra situada aproximadamente en el mismo lugar que ocupaba la antigua biblioteca, en el puerto Este de Alejandría, a orillas del Mediterráneo. Está distribuida en once plantas, cuatro de ellas son subterráneas. Además de contar con la sala de lectura más grande del mundo, con capacidad para albergar a 2.000 personas y 500.000 volúmenes, cuenta con una sala infantil, otra juvenil, una biblioteca para ciegos, tres museos, seis puntos de exposiciones, ocho centros de investigación y un planetario.

Tiene capacidad para acoger ocho millones de documentos. Sus 400.000 ejemplares actuales se han adquirido por medio de la compra y las donaciones internacionales. A excepción de la sala infantil, no se ha empezado con el servicio de préstamo y no se iniciará hasta que no se dupliquen ejemplares.

Existe un proyecto de digitalización de libros similar al de Google. En un futuro esos documentos se podrán consultar, pero no copiar.

Una biblioteca tan impresionante (es la biblioteca más grande de Egipto, sin ser la Biblioteca Nacional) aglutina a 1.200 trabajadores y recibe unos 2.000 usuarios al día.

Para cuando salimos de la biblioteca, ya se había cerrado el día, por lo que nos dispusimos a descansar y preparar nuestras últimas horas en Egipto.

123

Hacia el final

Amaneció soleado el día que abandonamos Alejandría. Nos resistíamos a ello, de hecho aún repetimos la visita a la biblioteca, esta vez por fuera. El edificio tiene forma de sol naciente, visto desde el aire representa el sol de los jeroglíficos egipcios. Está construido con cemento, cristal y granito de Aswan para la fachada, donde están grabadas unas inscripciones escritas en las principales lenguas del mundo. La biblioteca está rodeada por un foso con agua y una gran plaza pública que conecta con la ciudad y es a la vez un punto de encuentro.

Regresamos a El Cairo sabiendo lo que nos esperaba: un laberinto de callejuelas que hacen de ella una ciudad infinita.

Algunos visitamos la Mezquita de El-Azhar, al lado del bazar Khan el Khalily, conocida también como la Mezquita Espléndida, construida en el año 971. En la actualidad es un lugar para la oración, pero antiguamente atendía a más de 10.000 estudiantes.

De ahí volvimos a adentrarnos en el caótico zoco caiota, un lugar con mucho encanto donde es imposible aburrirse. Esta vez hicimos algo más que mercalear. Hicimos una parada en el Fishawi, el famoso café de los espejos que tantas veces ha descrito Naguib Mahfuz en sus novelas. Lleva más de 200 años abierto, y congrega a personas tan variadas como turistas, escritores, comerciantes, artistas... Aunque no sirven bebidas alcohólicas, hay una amplia

carta de infusiones y cafés. Otro café ostenta el nombre del premio Nobel recientemente fallecido.

De nuevo en el hotel, esta vez sí que se siente el final.

Al día siguiente volvemos a casa.

Son muchísimas las cosas que no han quedado reflejadas en esta crónica, hubiese sido imposible incluir todo. Ha sido un viaje intenso, plagado de visitas, sensaciones, emociones, acontecimientos... Aunque pasen mil o más noches recordaremos lo vivido y, quizá dentro de mil o más noches, lo repitamos.